

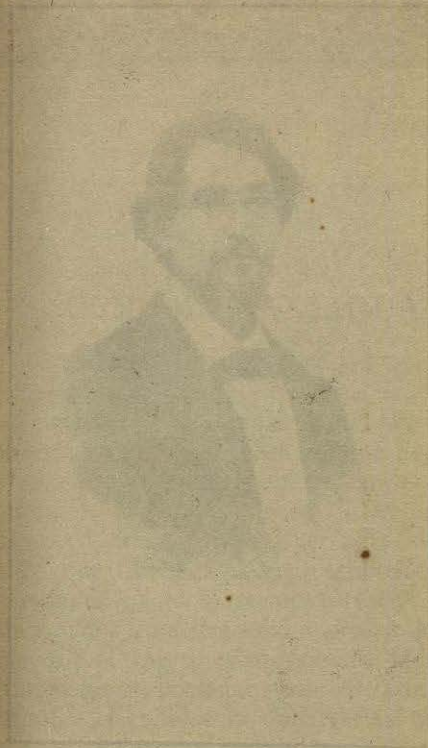
te donde hubiese más celo por las glorias artísticas, quizás estarían ya impresas todas sus obras y tendría un monumento sepulcral no indigno de su nombre.

Abril de 1901.

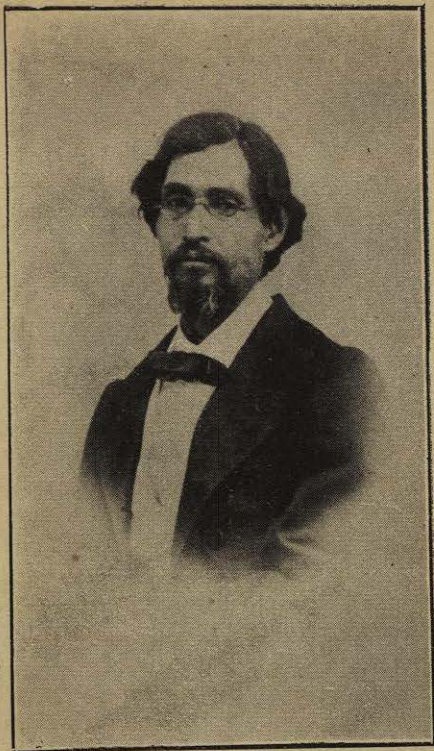


CENOBIO PANIAGUA

EXORBITANTIA



Giuseppe Pansiglin



Cenobio Paniagua



CENOBIO PANIAGUA

Inusitado y memorable suceso presenciaba esta capital la noche del 29 de Septiembre de 1895. Por vez primera en los fastos teatrales, oíase una ópera de autor mexicano, y con agrado tal por parte del público que asistía á la representación, que doctos é indoctos, conocedores y meros aficionados, lo selecto del auditorio lo mismo que el vulgo, calurosamente aplaudieron al autor, lo aclamaron, lleváronlo en triunfo. Repitióse la obra varias veces y conocióse mejor, sin que por eso decreciera un punto el entusiasmo de los primeros momentos. Ahora como antes, provocó las mismas manifestaciones de agrado é iguales muestras de aprobación. En todos los círculos sociales no había más tema de conversación, no se comentaba, no se ensalza-

ba otra cosa, que la reciente producción del autor mexicano. Sedujo, cautivó, subyugó al público entero. La ópera titulábase "Catalina de Guisa" y era su autor D. Cenobio Paniagua. Pocas veces vióse aplauso tan unánime, ni triunfo tan señalado. Bien pudo decirse entonces parodiando á los admiradores de "El Cid" de Corneille, "esto es bello como "Catalina de Guisa," que no habría aparecido una sola voz discrepante. Nueva prueba sufrió la obra: la de ser puesta en escena pasados algunos años, cuando los primeros arrebatos se habían amortiguado y podían haberse rectificado los juicios de otro tiempo; y, con poca diferencia, volvió á provocar las mismas explosiones de entusiasmo. Otros músicos compatriotas nuestros dieron más tarde obras suyas al teatro, mas ninguno alcanzó éxito igual al de Paniagua. Algo había seguramente en este autor que no han tenido nuestros demás compositores.

¿Quién era, pues, el que así lograba conmover y fascinar á sus compatriotas, haciendo que su nombre fuese pronunciado por todas partes con admiración y transportes de júbilo? ¿Cómo se había formado, á quién era deudor de su saber, qué antecedentes, en fin, eran los suyos?

Aparecen en la vida del compositor Paniagua particularidades que no se encuentran

sino en los grandes temperamentos músicos. Su extraordinaria precocidad, sus singulares aptitudes, su grande amor al arte, su absoluta dedicación á la música, su genial inspiración, le colocan muy por encima de las simples medianías.

Quien comenzaba la carrera de artista á los siete años tocando violín en las orquestas y, á semejanza de Mozart, la terminaba escribiendo la víspera de morir una composición fúnebre, algo ofrece que sale de lo vulgar, que sobre manera interesa, que incita á inquirir las circunstancias todas de una existencia comprendida entre aquellos dos singulares extremos.

Nació D. Cenobio Paniagua y Vázquez en Tlalpujahua, pueblecillo del Estado de Michoacán, el 30 de Octubre de 1821. Huérfano de padre desde la edad más tierna, tuvo la singular fortuna de que su tío materno D. Eusebio Vázquez, hombre perspicaz y severo, le acogiese bajo su protección, le educara conforme á principios estrictos y, advirtiéndole en breve sus nativas facultades, guiara con acierto sus primeros pasos en el arte. A él debió, de consiguiente, los primeros conocimientos musicales y el aprendizaje del violín que desde los cinco años había emprendido. Tan rápidos fueron sus adelantos en el difícil instrumento, que apenas salido de la infancia ingresaba como segundo violinista en la

orquesta de la Catedral de Morelia, que su tío entonces dirigía. A los siete años de edad, cuando los demás niños sólo piensan en juegos, figuraba ya nuestro párvulo como instrumentista. Con creces había correspondido á los cuidados y enseñanzas que se le habían impartido.

Habiendo fijado su residencia el Sr. Vásquez en la capital del Estado de México el año de 1831, llevó consigo á su pequeño discípulo, y como fuese solicitado para numerosas lecciones de violín, confióle á éste algunas, cuyo desempeño no descontentó al viejo maestro. En los ratos que al muchacho le quedaban libres, dedicábase por propia iniciativa y por sí solo, al estudio de otros instrumentos y á la composición de piecillas ligeras; y así fué cómo llegó á conocer la flauta y el clarinete y á producir sus primeros ensayos musicales. Notando su tío la gran facilidad que había tenido para comprender el mecanismo de estos dos instrumentos, dedicóle á estudiar metódicamente todos los demás de la orquesta, los cuales consiguió tocar igualmente, si bien por último dióle la preferencia al contrabajo, en que llegó á ser maestro consumado, reputándosele en su tiempo el primer contrabajista de la República.

Su nunca saciado anhelo de conocimientos, llevóle á emprender más adelante el estudio del piano y del órgano, haciendo de

preferencia del segundo, el intérprete de su fantasía y el campo en que se ejercitaba en difíciles combinaciones armónicas y en variados efectos musicales. Prosiguió consagrado al estudio y á la enseñanza, hasta que, una cruel dolencia le hizo pasar á México el año de 1842 en busca de más eficaces medios de cura, y cuando tenía ya formada una familia.

Su estancia en la capital de la República, dióle ocasión de trabar relaciones con D. Ignacio Triujeque, maestro de capilla de la iglesia Catedral, quien como le oyese tocar la flauta y el clarinete, quedó tan favorablemente impresionado de su ejecución, que hubo de ofrecerle un puesto de planta en la orquesta que dirigía. Animado con tales demostraciones, presentóle Paniagua no sin embarazo y timidez, algunas de las piezas religiosas que por mera afición tenía escritas, para conocer el dictamen del respetable músico y solicitar sus correcciones. En oyendo las piezas que el mismo Paniagua había dirigido, quedóse Triujeque breves instantes suspenso, é interrogado por los ejecutantes acerca de lo que acababan de interpretar, respondióles: "Todo cuanto valgo y poseo, daríalo gustoso por tener la inspiración de este joven"—referíase al autor de las piezas—"De hoy en adelante—añadió—será mi segundo en la dirección de esta orquesta." La circunstancia última motivó

él que Paniagua, contando con un seguro pasar, resolviera domiciliarse en la ciudad de México, teatro más adecuado para sus vuelos de artista.

Si de una simple medianía se hubiese tratado, habría tenido por colmados sus deseos con el puesto obtenido; mas para un sujeto como nuestro músico, de grandes alientos y noble ambición, estaban reservados mayores medros y más resonantes triunfos. No fué ciertamente, la dirección de una orquesta de vez en cuando reunida, la sola tarea que en su nueva residencia le ocupaba, pues si bien lo que más parecía atraerle era el estudio y conocimiento de los grandes maestros y la práctica de la composición, su atención preferentemente seguía la enseñanza: á la del piano y canto sobre todo. Pasábase de consiguiente, largas horas entregado á la lectura y examen de las producciones líricas de la escuela italiana, sin faltar nunca á sus representaciones en el teatro, y ejercitándose á su vez, con frecuencia, en ensayos del género dramático. La vocación de compositor que se había revelado con anterioridad en Paniagua, acentuábase más cada día y en todo se mostraba. El natural instinto, la asiduidad y el espíritu observador, suplían en él hasta cierto punto la falta de un experto guía en materia de suyo tan abstrusa como la composición

y sin otro norte que su personal criterio y propia experiencia, fué paulatinamente poniendo música á un libreto de Félix Romani, lleno de interés dramático y no exento de bellos pormenores. Terminados los dos primeros actos, diólos á conocer en 1845, ante un grupo de amigos congregados en la casa del P. Caballero, músico de cierta nombradía, con ocasión de celebrarse su cumpleaños. Interpretaron la composición los discípulos de canto de uno y otro maestro, causando su audición el mejor efecto en cuantos estuvieron presentes, en términos de haberle excitado reiteradamente al autor á concluir su obra y á darla al teatro. Mas tomando él en cuenta la gran diferencia que existe entre las exigencias de un auditorio de amigos y las del público que acude á un teatro, y presintiendo las imperfecciones de que adolecía su obra, por no poseer más conocimientos en la composición, que los meramente prácticos adquiridos durante su no larga carrera de instrumentista, aun cuando abrigase la intención de terminar lo empezado, formó al mismo tiempo el propósito de no ofrecer al público su ópera, hasta no adquirir las reglas todas que la composición requiere. Por algún tiempo buscó en vano maestro que se las enseñara, hasta que, sabedor de que el único que en México conocía por entonces con alguna profundi-

dad la ciencia de la armonía y el contrapunto, era D. José Antonio Gómez, famoso organista de la Catedral, acudió á él presuroso en demanda de los ansiados conocimientos. Expúsole con el calor y vehemencia que son de suponerse sus deseos y el objeto de su visita, y cuando esperaba una respuesta favorable, oyó del viejo maestro las siguientes palabras: "Joven, el estudio que vd. quiere emprender, es de tal naturaleza que muchos son los que lo empiezan, pocos los que lo siguen y ninguno el que lo termina; y como no bastaría la vida de un hombre para llegar al fin de tal estudio, le aconsejo piense vd. en otra cosa en que pueda ver el término de sus afanes y desvelos."

La contestación no pudo ser más desconsoladora, ni más despiadada la repulsa. Aquellas palabras duras y desdeñosas que por lo demás, tienen todo el sabor de una época en que, se pretendía envolver el saber en la obscuridad y en el misterio y hacerle el patrimonio exclusivo de unos cuantos iniciados, esas palabras decimos, debieron de sonar en los oídos del joven músico como cruel é inapelable sentencia. Salió de casa del sabio armonista, como se deja comprender, verdaderamente consternado; y encaminándose á la de su discípulo José Martínez de Castro, uno de los cantantes que había interpretado su

música en el concierto del P. Caballero, refirióle el resultado adverso de su tentativa. Viendo el discípulo tan pesados y abatidos á su maestro, hablóle de la siguiente manera: "Dentro de pocos días salgo con dirección á Europa, y en llegando á París, tomaré informes acerca del mejor y más fácil método de composición, y le ofrezco á vd. traérselo yo mismo á mi regreso, que no será dilatado." En el mes de Enero de 1848, recibía Paniagua una carta acompañada de un grueso volumen, fechada en París el 27 de Diciembre de 1847 y concebida en estos términos:

Sr. D. Cenobio Paniagua.

México.

Mi querido maestro:

Después de enviar á vd. mis recuerdos como siempre respetuosos, tengo el gusto de remitirle el gran Método de Armonía y Composición que me supongo sea el mejor, puesto que es el que se emplea en la Real Academia de Música de esta ciudad.

Siento no podersele entregar en propia mano, porque apesar de tener mi viaje dis-

puesto para mañana con rumbo á esa, como me encuentro algo enfermo, remito: e su encargo y aplazo mi viaje para dentro de diez días en que según sé sale otro buque para México.

Deseo que mi obsequio sea del agrado de vd., y espero lo reciba como una débil prueba de la gratitud que le tiene el último de sus discípulos que bien lo quiere.

JOSE MARTINEZ DE CASTRO.

La obra á que se refería la carta precedente, y la cual era nada meno: que el "Curso de Composición Musical" de Antonio Reicha, llegó á su destino. Al fin hallábase nuestro músico en posesión del libro que había de revelar: le la al parecer inasequible ciencia. Su regocijo fué harto grande; mas como estuviera el texto en italiano, algunas dificultades tuvo que vencer para traducir gran número de palabras técnicas, no pocas de las cuales no se encuentran en los diccionarios, penetrando el sentido de ellas muchas veces por adivinación. Cuando se disponía á mostrar á su discípulo los resultados de su empeño y constancia y la manera cómo había correspondido al obsequio que se le había hecho, cayó en sus manos un periódico en el que se refería el naufragio del vapor H. En la lista de los

pasajeros que habían perecido, figuraba el nombre, apellido y nacionalidad de Martínez de Castro. El sentimiento que tal nueva le produjo á Paniagua, es indecible; y para honrar la memoria de su infortunado discípulo y amigo, propúsose no economizar esfuerzo á fin de aprovechar cuanto le fuera dable el tratado de Reicha; al que debió los conocimientos que le pusieron en aptitud de concluir la comenzada ópera y de escribir las demás producciones que brotaron de su fecunda pluma. A la manera de Haydn, formóse Paniagua compositor por sí solo, supliendo con su esfuerzo y raras facultades, la enseñanza de viva voz del maestro, que tanto abrevia y facilita el trabajo. Tal circunstancia que mucho le enaltece, explica por otra parte, el que retardara hasta el año de 1859 la representación de su "Catalina de Guisa," pues su labor tuvo que ser asaz trabajosa y más dilatada que si hubiera tenido un mentor experimentado. Con todo, es presumible que oyera los consejos de algún profesor italiano, del compositor Juan Bottesini, por ejemplo, que vino como diector de orquesta con la compañía de ópera de la Sontag, que por algún tiempo residió en México y á quien conoció y trató Paniagua con motivo del siguiente suceso.

Como consecuencia de una desazón habi-

da entre el contrabajista de la orquesta de la Catedral, D. José Bustamante y el director de la misma orquesta, Triujeque, quedó vacante el puesto del primero, abriéndose la correspondiente oposición para proveerlo. Presentáronse á ella D. Cenobio Paniagua y D. Sebastián Malpica, y figuró com examinador Bottesini, pues que además de compositor era hábil contrabajista. Superó en la prueba Paniagua á Malpica y fuéle á aquél favorable el fallo de Bottesini; no obstante lo cual obtuvo la plaza Malpica, debido á las valiosas recomendaciones que había traído del Cabildo eclesiástico de Puebla para el de México. Tal suceso debió de lastimar hondamente á Paniagua; mas las circunstancias del hecho, sirvieron por lo demás, para ponerle en estrecha comunicación con el maestro italiano, siendo por lo mismo, harto probable que más de una vez rodara la conversación de ambos sobre consultas y aclaraciones musicales, mayormente teniendo Paniagua entre manos la terminación de su partitura.

Llega por fin esta terminación y con ella ei momento supremo de la carrera artistica de nuestro autor, aquel instante afortunado suficiente para indemnizarle de todos sus trabajos, afanes, contrariedades y amarguras; en el que logró ver realizados sus ensueños y ambiciones y recibió las caricias

de la gloria, la esquiva y hermosa deidad por tantos perseguida y por tan pocos alcanzada... La empresa de la ópera que actuaba en el Teatro Nacional, anunció no sin cierta satisfacción, que en la noche del jueves 29 de Septiembre de 1859 y en celebración del cumpleaños del Presidente de la República, se pondría en escena "Catalina de Guisa" de D. Cenobio Paniagua. "Por vez primera desde que hay teatro en México (léiase en los programas) se ofrece al público la partición de un maestro mexicano." El autor de la obra, por su parte, dirigiase al mismo público en los siguientes términos:

"Dedicado desde mi infancia al arte encantador de la música, ha sido mi constante deseo enriquecer el repertorio nacional con una partición; mas lejos de abrigar pretensiones exageradas, ajenas á mi carácter y en contraposición con la escasez de mi talento, mi objeto no ha sido otro que indicar á la juventud estudiosa una senda difícil, pero de gloria para el artista y de honra para la patria en que nacimos."

"Las innumerables dificultades de una empresa de tanta magnitud, la escasez de elementos y todos los obstáculos consiguientes en una obra de este género, no me han arredrado, sino antes bien, acrisolando mis deseos, me han dado fuerzas para llegar al colmo de mi es-

peranza. Doy á luz mi partición á instancias de mis amigos y principalmente de las del Ministro de Fomento, Exmo. Sr. D. Octaviano Muñoz Ledó, y sólo fiado en el buen juicio del público que sabrá comprender el entusiasmo de un compatriota amante de los adelantos de su país, y que le otorgará sin duda, su indulgencia y disculpará su atrevimiento."

Las anteriores palabras ponen de manifiesto, así los móviles del autor como las circunstancias que presidieron en su determinación de dar á la escena su obra. La música de ella está escrita, como ya se ha dicho, sobre un libreto en tres actos de Félix Romani, el famoso libretista de Bellini, y cuyo asunto es, un episodio de la historia de Francia del tiempo de la Liga contra los hugonotes, en que como protagonista figura Catalina de Guisa. Tiene la acción por resortes principales, el amor y los celos, y se halla conducida con creciente interés que no decae ni un momento, ofreciendo escenas de emoción palpitante, algunas por cierto, análogas á las de "Otelo" y de su misma fuerza. Por indicios, por un pañuelo caído casualmente y olvidado, concibe vehementes sospechas contra la fidelidad de su esposa, el Duque de Guisa; y para descubrir la verdad de esas sospechas, la obliga por fuerza á escribir una carta, que él mismo le dicta, al Conde de

San Megrino, su contrario político y pretendiente no correspondido aunque sí amado en secreto de Catalina de Guisa; carta en la cual da ésta al Conde una cita para su misma estancia enviándole al propio tiempo la llave de ella. San Megrino acude ignorando el ardid del celoso Duque que oculto le acecha, y creyéndose favorecido por la esposa. La entrevista da lugar á lances por extremo dramáticos que terminan con la venganza del Duque, la muerte de San Megrino y la angustia y desesperación de Catalina, que se ve deshonrada y muerto á su infortunado amante.

Dióse á la pieza el siguiente reparto: Enrique, Duque de Guisa y jefe de la Liga, Sr. Solares, bajo; Catalina de Cleves su mujer, Sra. Elisa Villar de Volpini, soprano; Arturo de Cleves, pariente y escudero de Catalina, Sr. Ottaviani, barítono; el Conde de San Megrino, favorito del Rey de Francia, Sr. Volpini, tenor.—Llegó la ocasión con anhelante curiosidad esperada de que se oyese la obra, y bien pronto pudo advertirse que el éxito más lisonjero coronaría su representación. A medida que ésta avanzaba, la aprobación y el aplauso iban en aumento, y cuando Ottaviani hubo acabado de cantar el aria de barítono del segundo acto "Sventurato Arturo, ogni speme deponi," uno de los trozos más bellos de la pieza, que con más facilidad se retienen y

que Ottaviani decía con particular gusto y expresión, el entusiasmo desbordado de los espectadores no reconoció ya límite, la emoción artística confundióse con el sentimiento patrio y llegó uno de esos momentos que jamás olvidan ni el público ni el artista. Tan sólo la voz semi-divina de Angela Peralta pudo años más tarde provocar aplausos semejantes á los que entonces arrancó Paniagua. Fué aclamado un sin fin de veces, y al terminarse la representación llevósele en triunfo por la multitud á su morada. En los días subsiguientes, la ópera fué enaltecida hasta lo sumo. No se vió en el teatro ni más espontáneo ni más legítimo triunfo.

¿Cuáles eran, en el entretanto, las cualidades de obra tan celebrada? Eran sus fáciles y espontáneas melodías que, á salvo su originalidad, provenían en línea directa de Donizetti; eran lo sentimental de su música en consonancia con el gusto reinante y el temperamento nacional, sensible y delicado; eran la conveniencia con que estaban tratadas las voces por quien las conocía á maravilla; eran la bien trabajada instrumentación por quien la había estudiado año tras año; eran la acertada elección del libreto, dramático é interesante; eran el instintivo conocimiento de las conveniencias teatrales que había presidido en la factura de toda la obra;

eran, en fin, sus circunstancias todas que habían revelado una individualidad artística y un gran talento músico.—La partitura ofrece el corte y estilo de las de Donizetti, el autor predilecto de Paniagua y al que tomó siempre por modelo. Deben citarse como principales trozos, el duo de la carta, de soprano y bajo, del acto segundo. "Non vi prenda stupor;" la poco ha mencionada aria de baritono del mismo acto, "Sventura Arturo, ogni speme deponi;" la marcha del tercero, el aria de bajo "Volge all'ocaso il sole," la gran cavatina de soprano, "Oh, come pigro é il tempo," y el último duo de soprano y tenor, de gran fuerza dramática. Esta música es música del alma, sentida y tierna; anticuada quizás, para entendimientos noveleros, estrechos y de un sólo molde en sus gustos; bella, para toda naturaleza sensible.

Sucedieronse consecutivamente nuevas representaciones de la ópera, y en todas ellas los juicios favorables se confirmaron y consolidóse el renombre que había conquistado el autor la noche del estreno. Por espacio de algún tiempo en salones y calles, no se habló de otra cosa que de "Catalina de Guisa" y del maestro Paniagua. Este era buscado con avidez en la vía pública por cuantos no le habían visto dirigir su obra, y todos se detenían á su paso fijando en él la mirada; su busto fué

puesto en el Teatro Nacional junto al de los poetas dramáticos Manuel Gorostiza y Fernando Calderón, sin que hubiera salón ó centro musical que no le ostentase; el periódico "La Orquesta" sacóle en sus festivos grabados como á los personajes políticos y, en fin, llegó á ser más popular Paniagua que el mismo General Miramón entonces presidente de la República.

La noche de su beneficio fué de nuevo muy agasajado. Los músicos de más nota tomaron parte en el concierto. Los pianistas D. Tomás León y D. Octaviano Valle, D. Agustín Balderas y D. Francisco San Román y otros, dedicáronle piezas compuestas expresamente para ese acto, y al final del concierto fué Paniagua coronado á los acordes de un himno escrito en honor suyo por D. José Bustamante.

En circunstancias tan favorables de popularidad y renombre como las que se han referido, abrió nuestro autor una Academia de armonía y composición, á la que acudió gran número de discípulos, varios de los cuales poco después figuraron también como compositores. De ella salieron ambos Valles, Octaviano y Antonio; Ramón Vega, Miguel Meneses, Miguel Planas, Leonardo Canales, Mateo Torres y Melesio Morales, que se dedicaron al género serio; así como Francisco Pineda y las discípulas María Garfías, Matilde Crowe

y María Massón, que cultivaron las piezas ligeras. El arte de componer estuvo pues, muy en boga; no hubo quien no ambicionase ser autor, sin que tampoco escasearan los que se dieron á escribir partituras de teatro; aunque ninguno llegara entonces como no ha llegado hasta el presente, á superar ni á competir siquiera con Paniagua en el agrado con que fueron oídas sus obras.

Bajo su dirección y consejos escribieron, Octaviano Valle, la ópera "Clotilde de Coscensa;" Ramón Vega, "Adelaida y Cominjo;" Mateo Torres, "Fidelio;" Miguel Meneses, "Atala" y "La reina de las hadas;" Leonardo Canales, "Pirro de Aragón;" Melesio Morales, "Rómulo y Julieta" é "Ildegonda," y Miguel Planas la ópera en castellano, "Don Quijote de la Mancha." Empero ninguna de estas obras alcanzó en escena la fortuna de "Catalina de Guisa." El mismo Paniagua que más adelante dió también al teatro su segunda ópera "Pietro D'Abano," no logró con ella volver á cautivar al público del mismo modo que antes.

Al siguiente año de habersé representado por segunda temporada y con el éxito de la primera, la "Catalina de Guisa," interpretándola Inés Nataly, Enrique Testa, Antonio Ottaviani é Ignacio Solares; el maestro Paniagua organizó una compañía

de ópera exclusivamente formada por cantantes mexicanos, discípulos suyos en su mayor parte. Grande debía de ser la actividad que desplegaba, puesto caso que sin embargo de estar dedicado á tocar como contrabajista en las orquestas, á enseñar el piano y el canto y á componer piezas teatrales, todavía quedábale tiempo suficiente para organizar compañías de ópera. El cuadro de artistas que presentó en el Teatro Nacional, formóse del personal siguiente: soprano, Mariana Paniagua; contralto, Agustina Cuervo; comprimaria, Trinidad Heros; tenor de fuerza, Antonio Morales; primer tenor ligero, Teodoro Duciong; segundo, Teodoro Montes de Oca; primer baritono, Francisco Pineda; segundo, Rafael Quesada; primer bajo, Ignacio Solares; segundo, Miguel Loza, y coros compuestos de cuarenta y cinco voces. El 12 de Enero de 1862 hizo su primera presentación la compañía con "Lucía de Lammermoor," siendo muy bien aceptada por el público. Como "prima donna" de la compañía, tuvo á su cargo el papel de la protagonista la Srta. Paniagua, hija de nuestro emprendedor maestro, y la que, á pesar de no tener gran volumen de voz, sabía manejar con expresión y arte; lo cual, añadido á su gracia personal, bastó para atraerle la simpatía del público. Junto con los demás cantantes mencionados, entre

quienes descollaban el tenor Morales por sus vibrantes y dulces notas altas, y el baritono Loza, que poseía una extensísima voz, logró ella mantener abierto el Teatro Nacional, con breves intervalos, durante dos años consecutivos. Representáronse en esa larga temporada, á más de otras piezas, "Traviata," "Norma," "Lucrecia Borgia," "Sonámbula," "Trovador," "Hernani" y "Los Puritanos," y "Los dos Foscari" del mexicano Mateo Torres.

La misma compañía estrenó la noche del 5 de Mayo de 1863, en celebración del primer aniversario del triunfo alcanzado contra las huestes francesas, la segunda ópera del maestro Paniagua, "Pietro D'Abano," expresamente escrita para el baritono Pineda. Dió muestras el autor en ella, de mayor ciencia y experiencia, no obstante lo cual acogióse la obra con marcada reserva por motivos políticos. Grave error el de Paniagua, haber querido mezclar el arte con la política y en una época tan tormentosa en que los odios de partido nada perdonaban. La sociedad acaudalada adicta á la Intervención francesa y que había sido tan favorable al maestro, volvióle en esta vez las espaldas. Su ópera sólo obtuvo una representación, sin que, por lo tanto, se hubiese podido formar cabal concepto de la misma.—Trátase en el argumento de un sabio de la Italia del siglo XIV (Pietro

D'Abano), tenido por hechicero y réprobo, y quien, después de recobrar á su hija escapada con su amante, pierde la vida por el tormento á que se le condena como supuesto hereje. El libreto es un tanto endeble desde el punto de vista literario, é inferior por lo mismo al de "Catalina de Guisa." La música en cambio, aunque no ofrece la lozanía de esta obra, está con más conciencia trabajada, descolando entre sus pasajes dos dúos: de soprano y tenor y de soprano y barítono; así como una preciosa serenata escrita para tenor. (1)

A solicitud de sus admiradores, volvióse á cantar en Junio del mismo año la "Catalina," interpretada por la Paniagua y por Morales, Pineda y Solares; y aunque se oyó de nuevo con agrado, ya en esta ocasión surgieron algunas críticas. Díjose, entre otras cosas, que la marcha de la ópera tenía mucho parecido con la de "Marcos Visconti" de Petrella, exagerándose los puntos de semejanza; y no faltó quien por lo bajo aplicara al compositor mexicano la nota de plagiario. En

(1) El Sr. D. Manuel M. Paniagua, hijo de nuestro biografiado, tuvo la particular deferencia que mucho le agradecemos, de enviarnos espontáneamente desde Córdoba, donde reside, las partituras originales para piano y canto de las dos óperas de su padre á que nos hemos venido refiriendo, y sólo por tal medio pudimos conocer la música de ambas obras.

la realidad, mal podía haber tomado éste una sola nota de una obra que, si bien estrenada en Italia desde 1855, no se conoció en México, sino dos años después de haberse puesto en escena la ópera de Paniagua. Pero sobre todo, era tan leve la semejanza de los trozos musicales, consistente en unas cuantas notas de la "rondinella" del "Marcos Visconti," que no merecía la pena de haberse hecho hincapié en semejantes parvedades, que, por otra parte, podían atribuirse á mera coincidencia. Se ha visto tantas veces que autores sin la menor relación coincidan en un mismo pensamiento... No obstante, como nunca en casos tales deja de aparecer la torva envidia para señalar y abultar los defectos por leves que sean, halló la ocasión propicia de hincar con delectación su agudo diente en nuestro autor, por lo mismo que había sido durante mucho tiempo el mimado de la fortuna. Algunos músicos no podían ver con mirada tranquila que un simple contrabajista se hubiese de improviso elevado á la categoría de compositor grandemente aplaudido; y así éstos como aquellos de sus émulos que no lograron impresionar con sus piezas teatrales, y que por tal causa hallábanse un tanto corridos, después de la sorpresa del éxito de Paniagua y de que hubo pasado el primer sincero entusiasmo, dieron en hacerle una guerra sorda y conti-

mada, labrando no poco sus censuras en la opinión de la gente tornadiza ó sin criterio. La circunstancia de haber provocado el desvío de una parte de la sociedad con la dedicación de su "Pietro D'Abano," favorecía-les á maravilla en su intento, y poco á poco nuestro músico fué resintiendo los efectos de la saña, perdiendo sus clases y viéndose excluído por sistema de cuantas orquestas dirigían sus contrarios.

En circunstancias tan adversas, la empresa Duclós y Ortiz hizole proposiciones ventajosas para que su compañía de ópera fuese á trabajar á la Habana. Aceptadas tales proposiciones, formalizados los contratos y estando para salir de la República con la compañía referida, la falta de cumplimiento de lo convenido por parte de aquéllos empresarios, forzóle á detener su marcha en Veracruz en Junio de 1865, y á disolver la compañía con tanto esfuerzo organizada, y la que, si bien algunas utilidades le había proporcionado, acarreóle pérdidas con el último contratiempo.

Su presencia en el puerto fué motivo para que algunas familias acomodadas del mismo Veracruz, tomasen empeño en retenerle, solicitándole como profesor de piano y de canto; por lo cual domicilióse en la ciudad heroica, y durante los dos años y medio que allí residió, formó una orquesta y educó á aventajados discípulos.

En busca de clima más benigno y solicitado igualmente como profesor, trasladóse en Noviembre de 1868, á la pequeña ciudad de Córdoba, adonde definitivamente fijó su residencia, habiéndose puesto bajo su hábil dirección las clases de música, así la del Colegio Preparatorio como la de la Escuela de enseñanza superior para niñas; una y otra ventajosamente retribuídas. Paniagua había pues, abandonado para siempre el lugar de sus no lejanos triunfos y el centro intelectual y artístico del país, por una población de escasos habitantes, apartada y extraña á todo movimiento de arte. ¿Qué móvil le indujo á tomar tan extraña resolución? ¿Fué acaso la animadversión de los enemigos que dejaba en México y el desvío hacia él de la sociedad conservadora? ¿Lo fueron los relativamente ventajosos emolumentos que se le proporcionaban en esa su nueva residencia? Todo pudo haber contribuído; pero en verdad, que es sobrado penoso ver á un artista de su valía, obligado por odios de partido y torpes envidias, á tener que dejar la más importante ciudad de la República y la más propicia á su actividad creadora, para confinarse en la fértil, ciertamente, rica y hospitalaria, pero apartada, oscura y diminuta Córdoba. ¡Cuán otro habría sido el florecimiento de su ingenio trasladado á los centros artísticos de la culta Europa! El au-

tor de "Catalina de Guisa" recluso en Córdoba, hace el efecto mismo de una ave que nació para remontar el vuelo, y se ve reducida á moverse en prisión estrecha.

Sea como fuere, Paniagua no desmintió ni por un momento en su retiro que era artista de raza, puesto que en vez de entregarse á estéril inacción como tantos otros, al tener asegurado un pasar más que mediano, ó de permanecer estacionario por haberse alejado del centro de nuestro movimiento intelectual, muy lejos de eso, su actividad no se dió punto de reposo; pues aparte su dedicación á la enseñanza, consagróse á escribir útiles obras didácticas, tales como la "Cartilla elemental de música," el "Compendio de armonía" y las "Vocalizaciones matinales," y un crecido número de bellas composiciones ya profanas, ya religiosas, brotó de su pluma. Entre las últimas sobresalen sus famosas "Siete Palabras" que él apellidaba su testamento musical (1869), y su hermoso oratorio "Tobías," dedicado á su amantísima esposa (1870); producciones elevadas y que marcan un cambio harto perceptible en el estilo del autor. Con relación á anteriores composiciones suyas del género religioso, verbigracia, el oficio completo de la Virgen que escribió para la Colegiata de Guadalupe, estrenado en Octubre de 1866; en las dos obras antes referidas aparece

una factura más sabia y un corte más severo; y otro tanto, cabe afirmar de varias de las misas solemnes y de "requiem" que con posteridad á tal fecha produjo.

Del año de 1872 en que por última vez representóse en Orizaba con el aplauso de siempre su "Catalina," (1) al de 1881, desplegó grande actividad productiva, aplicando la atención lo mismo al género religioso que al profano, dedicándose ya al estilo serio, ya al festivo y ligero. Durante el período que se ha dicho, compuso parte de las misas que acaban de ser mencionadas, é infinidad de piezas cortas tales como marchas, vales, romanzas, etc. Para apreciar su fecundidad, baste saber que sólo el número de misas que escribió entre grandes y chicas, excede de setenta.

[1] Con motivo de tal representación, el galano poeta orizabeño D. Rafael Delgado dedicó al músico unos versos á que dió lectura en el teatro. Cultivaron después relaciones de amistad uno y otro; y por cierto, que el poeta nos ha referido una anécdota que no queremos dejar ignorada por lo mismo que ella sola pinta el temperamento de D. Cenobio y nos muestra su escuela musical. Deseando el primero conocer la opinión del maestro acerca de la entonces reciente ópera de Verdi, "Aida," que éste había venido expresamente á oír á Méjico al estrenarla en 1877 la compañía de la Sra. Peralta, le interrogó sobre el punto, y Paniagua contestó lo siguiente: "Aida," salvo uno de sus dúos, está hecha con la cabeza, y aunque yo mucho la admire, doyle con todo la preferencia á la música escrita con el corazón.

Si el medio le hubiera sido propicio, ¡cuántas nuevas óperas no habría compuesto el que se mostró tan fecundo en el género religioso!

La presencia de nuestro profesor dejóse sentir no sólo en Córdoba, donde enseñó el piano y otros instrumentos, formó voces, organizó orquestas y fundó sociedades filarmónicas, sino en todo el Estado de Veracruz, en el que difundió el gusto por la música é impulsó los conocimientos en ella, de que hasta el presente aun quedan manifiestos vestigios.

Su hogar era una especie de templo en el que se rendía ferviente culto al divino arte; sus hijos todos fueron músicos entendidos á quienes su padre cuidaba de tenerles informados siempre de las novedades concernientes á su profesión. En la lectura de obras musicales fué consumado; y en la dirección de orquestas no tuvo competidor ni en la justa precisión con que hacía las marchar, ni en el calor que les comunicaba á los ejecutantes. Cuando el maestro Paniaga empuña la batuta, al marcar el compás—decían éstos—parece que pone el alma en las manos. Su severidad para con los cantantes era extrema. Hacía los estudiar y ensayar escrupulosamente, y nunca exhibió á alguno sin que estuviera antes seguro del éxito. Así se explica el buen acogimiento que ob-

tuvo la compañía de ópera que presentó en la temporada de 1862 y 1863. Su afición á las buenas voces era grande, en términos de que más de una ocasión vióse sostener de su peculio á quienes daban muestra de tenerla, con la mira siempre de lograr buenos cantantes; y no solamente favorecía á éstos, sino á todo aquel en quien advertía disposición para la música. Siendo muy niño Miguel Meneses, que más tarde había de llegar á ser compositor, y no contando con el favor de nadie, Paniagua que descubrió en él talento y aptitudes, le educó y sostuvo hasta haber hecho del mismo su mejor discípulo y autor de óperas, una de las cuales, "Agorante rey de Nubia," representada en el Teatro Nacional en la época del Imperio, alcanzó fortuna.

En el año de 1876, alguien se acordó en México de que D. Cenobio Paniagua pertenecía aún al número de los vivos, y ese alguien fué el general D. Vicente Riva Palacio, quien dirigióse al maestro enviándole un libreto en castellano con el título de "El Paria," que el mismo escritor había expresamente arreglado para que D. Cenobio le pusiera música, y cuyo asunto estaba tomado de un episodio de la historia de la India. Recomendábale el remitente que por consideraciones de carácter político, al estrenar-

se la pieza, se omitiera en los programas el nombre del autor del libreto; pero al propio tiempo le advertía que cuantos gastos originara aquélla, serían por cuenta del mismo general Riva Palacio, y que aceptase las sumas que la obra demandara como un obsequio de quien siempre le había admirado. El maestro dió desde luego comienzo al desempeño de tan inesperado encargo, y terminada en breve la partitura de piano y canto, antes de emprender la instrumentación hubo de solicitar del libretista, conforme á lo por él indicado, el envío de un tanto de papel de partitura y para la copia de voces é instrumentos; mas como por respuesta á su demanda el músico sólo obtuvo una evasiva de parte de Riva Palacio, resolvió no dar una plumada más en la obra expresándose en estos términos: "Si quien debiera tener interés por conocer la interpretación que he dado á sus pensamientos, se muestra indiferente y me rehusa su ayuda, yo, por mi parte, no debo ser más solícito;" se abstuvo, por consiguiente, de proseguir lo empezado, quedando sin instrumentar la partitura que no llegó á ponerse en escena.

Las autoridades de su pueblo nativo acudieron igualmente á su vena musical para celebrar la inauguración de la vía férrea á dicho pueblo, habiendo solicitado

del maestro con tal ocasión una marcha, "La Locomotora," que fué la penúltima de sus producciones.

Con la salud hartó quebrantada y presintiendo el cercano término de sus días, entregóse á escribir un oficio fúnebre con la mira de que fuese ejecutado en sus funerales. Las últimas páginas de esta patética producción trazólas con mano vacilante la víspera de morir, y el día 2 de Noviembre de 1882, fecha en que la Religión conmemora á los muertos, rodeado de sus deudos exhaló el postrer aliento. Recibió sepultura en el Panteón Antiguo de la ciudad de Córdoba, donde hasta el presente se conservan sus cenizas. Su muerte fué sentida por cuantos le conocieron y admiraron. Hiciéronsele solemnes exequias en la Catedral de México, dispuestas por el Conservatorio Nacional de Música, en las que se tocó una de sus bellas misas de "requiem;" en la de Puebla, en San Francisco de Zacatecas y en otros templos de diversas ciudades de la República donde fué su mérito apreciado.

Sentimiento y talento musicales, precocidad, profundo amor al arte, sólidos conocimientos técnicos adquiridos por continuado estudio, abnegada dedicación para difundir esos conocimientos, fecunda vena productiva, espíritu de empresa, pundonor

artístico, probada modestia en medio de sus más sonados triunfos, y generosidad, desinterés y nobles sentimientos; he ahí las prendas y dotes que hicieron de D. Cenobio Paniagua un hombre bueno y un insigne músico. Su figura entre los demás compositores nacionales es quizá la de mayor relieve..

Sus obras, salvo alguna que otra de menor importancia, permanecen inéditas, y expuestos los originales, por lo tanto, á la carcoma del tiempo, á la destrucción, al olvido, muerte verdadera para el artista. Para otros músicos fué el momento de su fallecimiento el de la rehabilitación ó el resarcimiento por las injusticias con ellos cometidas por sus contemporáneos; á nuestro autor tocóle suerte muy diversa, la de que sus obras fuesen desconocidas de la generación que sucedió á aquella que le aclamó por breves momentos, y quedasen acaso para la posteridad también ocultas ó ignoradas. ¡ Ah! cómo á propósito del maestro de Córdoba acude á los labios aquel amargo dicho del Eclesiastés. "Todo es vanidad y aflicción de espíritu." Destino bien triste el suyo: mucho afanar constantemente, una apoteosis al comienzo de su carrera tan deslumbradora como efímera, luego el destierro que se le impuso, y al cabo la indiferencia para él y el olvido. Mas sea como fuere, legó á su

patria un nombre ilustre, y deber de ésta es por lo mismo, perpetuar su memoria; y ¿qué monumento más adecuado y durable que la impresión de sus obras? ¿ Llegará empero alguna vez nuestra cultura á levantárselo? "Ai posteri la sentenza."

Mayo de 1901.